

6. DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

La España de los años treinta era un importante laboratorio de la confrontación de los tres grandes proyectos de modernidad que atravesaban los comienzos del siglo: el *proyecto republicano*, heredero de la Revolución francesa, compuesto, además de los republicanos propiamente dichos, por conservadores moderados y liberales de vario-pinta condición, radicalizado por las contradicciones monarquismo-republicanismo tensionadas por más de un siglo de confrontaciones y guerras civiles; el *proyecto socialista*, heredero de la Revolución bolchevique de 1917, y el proyecto que emergía de la alianza reaccionaria de monarquistas, católicos intransigentes y conservadores radicalizados que se adaptaban a una modernidad selectiva y antidemocrática, que hemos denominado *modernismo reaccionario*, campo en el que se anidaron las ideas de los fascismos europeos, especialmente una variante propia, quizás la única que abogaba aún por la defensa de las formas monárquicas de gobierno: el falangismo; esto la convertía en un oportuno espejo para la gran mayoría de los países de América Latina.

En España se enfrentaban los viejos republicanismos radicales del siglo XIX, aún resentidos de la experiencia fracasada de la Primera República (1873-1874), contra las diferentes fuerzas monárquicas y movimientos conservadores católicos, además de una de las Iglesias nacionales con mayor poder patrimonial e injerencia del papado en los asuntos celestiales y terrenales. Adicionalmente, dentro del campo conservador se movía con cada vez más amplitud una variante de extrema derecha aglutinada alrededor de los fascismos, como se ha dicho, y, desde finales del siglo XIX, un variopinto "campo socialista", incluyendo, tal vez como en ningún otro país, un fuerte sector anarquista o de 'socialismos libertarios', enmarcados en una larga tradición de nacionalismos separatistas en varias de sus provincias, especialmente en las dos regiones más industrializadas de esos años: Cataluña y el País Vasco.

Una rápida visión de la evolución histórica de la política ibérica nos puede ayudar a comprender las influencias ideológicas, discursos y tendencias que vinieron de Europa

y que ayudaron a conformar los matices de las fuerzas conservadoras en Colombia. La situación de las derechas españolas a comienzos de la década del treinta era bastante preocupante, y una dura prueba de ello fue la estrepitosa derrota de las fuerzas monarquistas conservadoras en las elecciones del 12 de abril de 1931, cuando el monarca percibió que "la parte más culta de España había votado en su contra", y de manera precipitada expresaba su desilusión en una proclama, declarando que "las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo el amor de mi pueblo".

Casi automáticamente, ese mismo pueblo se había lanzado a las calles a celebrar el triunfo electoral de las izquierdas; celebraría con más alegría aún al saber que, en su soledad, Alfonso XIII se iba al exilio y abandonaba el poder²¹¹. Era esta una salida insólita en una sociedad en la que persistieron hegemonícamente las ideologías monarquistas, en la que en el transcurso del siglo XIX se vivieron tres guerras civiles en lucha por la sucesión de la monarquía (1833-1839; 1846-1847 y 1872-1876), en la que la I República (1873-1874) fue derrotada en pocos meses, y en la que el "Carlismo", el movimiento radical que abogaba por el absolutismo y la preeminencia de la Iglesia —que conservó hasta el siglo XX su influencia en el País Vasco, en Navarra y en el norte de Cataluña—, mantenía una fuerte influencia entre la nobleza, el ejército y la guardia civil. Con estos antecedentes históricos, ni el más radical republicano hubiera esperado este resultado.

El régimen democrático se mantuvo desde abril de 1931 hasta julio de 1936, cuando, con una sublevación militar y luego de casi tres años de Guerra Civil, se instauró una dictadura corporativista, en cabeza del general falangista Francisco Franco, con la intervención y el apoyo de los regímenes fascistas de Europa, en el prelude de la II Guerra Mundial, y el respaldo de las fuerzas monarquistas y, claro está, falangistas que habían derrotado la I República. Desde el final de la Guerra Civil, en abril de 1939, se instauró la dictadura hasta que en 1975, a la muerte del dictador, fue reemplazada por un régimen de monarquía parlamentaria que, luego de una tensa transición, se ha consolidado como una de las democracias destacables de Europa.

Volviendo a los orígenes, la crisis de la monarquía y la Segunda República son el nudo histórico de donde surge y se consolida la dictadura franquista, como un eslabón clave para el ascenso de los fascismos y la consolidación de las fuerzas del eje Roma-Berlín-Tokio, al que Madrid o, más exactamente Franco, adhirió, mientras obtuvo el apoyo definitivo de Hitler y Mussolini para alcanzar la victoria militar, pero del que ágilmente se marginó en el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, para bien de España y de la humanidad.

La crisis de la monarquía

La España de 1930 vivía una verdadera revolución, causada por una profunda crisis del régimen monárquico y por la emergencia de fuerzas sociales y políticas que desmorona-

211 DIARIO ABC, Madrid, 17 de abril, 1931. MAURA, Gabriel. Dolor de España. Madrid, 1932, p. 50.

ron aceleradamente el llamado régimen de la "restauración", que era un sistema caciquil sostenido por monarquistas liberales y conservadores. La crisis de la monarquía española tenía hondas raíces, y desde el siglo XIX no había logrado recuperar su legitimidad; así sintetizaba uno de los grandes pensadores del régimen monárquico, Ramiro de Maetzu, la situación:

[...] España era un país invertebrado carente de "unidad espiritual", desde el siglo XVIII cuando la monarquía borbónica intentó secularizar la vida social y política. Las elites dirigentes abandonaron los principios religiosos, abrazando los ideales de la modernidad, transmitiendo su escepticismo al conjunto social. En consecuencia las bases de la legitimidad monárquica cambiaron pasando a ser el Ejército el auténtico sostén del poder político. En ese sentido la "constitución real de la sociedad" no era el caciquismo [...] sino la Monarquía militar [...] ²¹².

Las elecciones de 1931, aunque legalmente eran de carácter municipal, se transformaron en un plebiscito para la continuidad del régimen frente a una fuerte coalición de republicanos y socialistas. El miedo era la base fundamental de la campaña, en la medida en que un eventual triunfo de la coalición progresista significaría el triunfo del comunismo y la destrucción "de todo lo creado por la civilización". Maetzu profetizó que si esto llegase a darse, "vendría una horrorosa guerra civil" ²¹³.

Al dejar el poder y asilarse el desprestigiado Alfonso XIII, se produjo el derrumbe repentino del régimen político, y las fuerzas coaligadas por el triunfo electoral se vieron abocadas a "fundar" improvisadamente una República, como producto de una revolución inesperada. Entre tanto, las huestes conservadoras se hundieron en una permanente conspiración para la reorganización de la contrarrevolución, en su terror al pueblo, cada vez más desbordado de los cauces de las mismas organizaciones republicanas.

Para la nobleza y los monarquistas fue un desastre difícil de entender. Inmediatamente la fiesta popular se desató, transformando un simple triunfo electoral en un logro político de impredecibles consecuencias; pero rápidamente se pasaría del *jolgorio* a las batallas campales por la defensa de la República y por la destrucción de todos los símbolos del antiguo régimen monárquico, de los cuales la Iglesia era el más visible, e inmediatamente también, la mirada del mundo colocaba a España en el ojo del huracán. En medio del ascenso de los grandes movimientos de masas contra las revoluciones o para prevenirlas, en medio del auge disparado de los fascismos, se daba el sorpresivo triunfo de una revolución que era vista como socialista, pero que era hasta ese momento una auténtica revolución republicana, hija de la Revolución francesa y de la Ilustración.

El proyecto de República se venía madurando, y es así como el 17 de agosto de 1930, en medio de los efectos de la gran depresión mundial, un grupo de personalidades

212 GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. *Acción Española*, p. 115.

213 *Ibidem*, p. 124.

políticas, muchas de ellas veraneantes, firmaron en la ciudad vasca de San Sebastián un pacto político mediante el cual acordaron establecer un régimen republicano, aun por la fuerza, si hubiere sido necesario, que garantizara libertad religiosa, régimen de partidos y libertades ciudadanas, convocatoria a unas cortes constituyentes que redactarían una nueva constitución y estatuto autonómico para las regiones que lo reclamaran; entre los firmantes había un socialista moderado, Indalecio Prieto, quien será una figura central, y varios republicanos y tres nacionalistas catalanes; el documento trascenderá a la historia como el "Pacto de San Sebastián".

La frustrada experiencia del "Estado Nuevo"

Toda Europa vivía el impacto doctrinario de las revoluciones preventivas que había entronizado la experiencia italiana. Simultáneamente con la experiencia mussoliniana, España había inventado su propia experiencia de "Estado Nuevo"; había vivido desde 1921 —especialmente a partir de 1923, con la dictadura de Miguel Primo de Rivera²¹⁴— hasta 1930 una dictadura de corte corporativista, que instauró una variante de régimen —que algunos especialistas consideran el preludio del Estado fascista— de partido único, que de alguna forma fue el modelo retomado por Franco a partir del alzamiento de 1936; es decir, el lapso de la República fue un paréntesis de un fenómeno político que se suspendió por la presión popular, pero que la dictadura fácilmente reinstauró después de la guerra. El "Estado Nuevo" se ubica dentro de las concepciones del modernismo reaccionario, con partido oficial de la dictadura, la "Unión Patriótica Nacional", que recogía el lema carlista de "Patria, Religión y Monarquía". Primo de Rivera fue acompañado de un antiguo maurista, José Calvo Sotelo²¹⁵, quien posteriormente sería un personaje de primer orden durante la última fase de la República, contribuyendo a la construcción de un régimen sui géneris, que derivó en un Estado intervencionista, con monopolio en áreas estratégicas como el petróleo y con una fuerte política tributaria. El proyecto de la dictadura primorriverista incluyó un intento de pacto con el PSOE, para incluir la Unión General de Trabajadores —UGT— dentro de su política de "sindicalismo libre en la corporación obligatoria", el cual fue mal visto por las derechas más tradicionales; este tipo de movidas no eran novedosas; no se debe olvidar la vena populista de estas vertientes nacionalistas, que animó a casi todos los movimientos fascistas, que sin excepción tenían fuertes vínculos con sectores sindicales y obreros. Pronto, el deseo de institucionalizar el modelo de "Estado Nuevo" mediante una reforma de la Constitución fue desgastando la figura del dictador, quien sin

214 Miguel Primo de Rivera, (1870-1930). Militar y político de tradición monarquista, participó exitosamente en acciones militares en Marruecos (1893), Cuba (1895), Filipinas (1897) y Melilla (1909). Como Capitán general de Cataluña en 1923 encabezó un alzamiento que fue apoyado por el rey Alfonso XIII. Estableció una dictadura, suspendió la Constitución, las Cortes y los partidos progresistas, fomentó las obras públicas, en lo militar obtuvo su mayor éxito con la derrota del rebelde marroquí Abd-el-Krim en 1925, llenando de optimismo al país. Sustituyó el directorio militar por uno civil e intentó institucionalizar su régimen con la creación de un partido monárquico propio, la Unión Patriótica Nacional. Enfrentó a la oposición de todos los sectores políticos del país. Perdido el apoyo del ejército y el rey, dimitió en 1930 y partió al exilio, donde murió. Su hijo José Antonio, reivindicando su memoria, retomó las ideas de la UP, creando la Falange Española, en 1933.

215 José Calvo Sotelo (1893-1936), Monarquista, ministro durante el gobierno-dictadura de Miguel Primo de Rivera. Se exilió al proclamarse la República, regresó en 1934 y lideró el Bloque Nacional, partido derechista. Fue asesinado el 13 de julio de 1936 por un grupo de guardias Republicanos, hecho que es considerado el detonante de la Guerra Civil.

el respaldo del Ejército ni del Rey tuvo que renunciar, desatando la gran crisis de todas las corrientes tradicionalistas y monarquistas²¹⁶. Rápidamente el partido único se disolvió.

Las derechas españolas, hundidas en una crisis sin precedentes a la disolución de la Unión Patriótica, cayeron en desbandada; sus líderes trataron de aglutinarse en la Unión Monárquica Nacional, pero la dispersión fue insalvable. De antiguos colaboradores de la dictadura surgirían pequeños movimientos como el Partido Laborista Nacional, de corte corporativo, o Reacción Ciudadana, que declaraba, en su único manifiesto, a los republicanos como "traidores a la Patria y dictadores soviéticos". Más importante sería el surgimiento, en 1930, del Partido Nacionalista Español, liderado por José María Albiñana y Sanz, organización que, en opinión de algunos historiadores, se constituiría propiamente en la primera experiencia española de corte fascista; sus ideas, muy similares a las de Miguel Primo de Rivera, los católicos, los carlistas y los integristas maurristas; su lema, "religión, patria, familia, propiedad, orden, justicia", todo ello sintetizado en la monarquía²¹⁷. Claro está que su explícita apología de la violencia sería un elemento que, aunque no es único entre las izquierdas y derechas, en su caso sí buscó constituirse como un rasgo fuerte de identidad entre sus militantes.

A estas manifestaciones se les suman variantes regionales, especialmente catalanas y vascas, las más fuertes, en las que el discurso del nacionalismo integrista se aplica ya no a la idea de España, sino a su nacionalidad particular; esto complejiza mucho más el momento, por cuanto se trataba de reclamar en ambos casos la unidad étnica, lingüística y cultural de provincias españolas y francesas. Este problema influyó mucho en las formaciones políticas tanto de las derechas como de las izquierdas, en la medida que unas y otras querían recoger el sentimiento separatista de sus provincias, siendo particularmente interesante el caso vasco, donde el nacionalismo local, en ciertas coyunturas, era más fuerte que las identidades propiamente políticas. Por eso, es fundamental diferenciar las vertientes nacionalistas integristas, que abogaban por la unidad total de *España imperial*, y los movimientos nacionalistas regionales, usualmente separatistas o federalistas y muy raramente monarquistas, por cuanto la monarquía simbolizaba y simboliza aún –según el decir de los partidarios de la monarquía– la unidad nacional y la integridad territorial de la gran España o, mejor, de las Españas diversas y distintas.

En síntesis, podríamos señalar que el rasgo fundamental de las derechas españolas del momento de la caída de la dictadura, con excepción de los movimientos regionales, fue mantener siempre el catolicismo, el monarquismo y, claro está, el nacionalismo integral, como los ejes centrales de su identidad; mientras que las otras variantes de derechas extremas europeas, como el fascismo y el nazismo, tuvieron sus rasgos más fuertes en el

216 PASTOR, Manuel. Los orígenes del fascismo en España. Madrid, 1975, pp. 42, ss.

217 GONZALEZ CUEVAS, Op. cit., p. 117. Ver además: PALACIOS BAÑUELOS, Luis, Elecciones en Burgos 1931-1936. El Partido Nacionalista Español, Publicaciones de la Cátedra de Historia Contemporánea de España. Madrid: Universidad Complutense, 1981. GIL PECHARROMÁN, Julio. Sobre España inmortal, solo Dios, José María Albiñana y el Partido Nacionalista Español (1930-1937). Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2002.

corporativismo y el nacionalismo, y, pragmáticamente, en el catolicismo, más como un instrumento de dominación ideológica que como un principio motor, y mucho menos el monarquismo, rasgo distintivo de la variante falangista.

En este sentido, el falangismo español es la única expresión de las derechas modernas que sigue conservando su adhesión al monarquismo decimonónico; pero lo que sí los une a todos es la existencia de una utopía en el pasado: lo que hemos denominado como el "romanticismo imperial", consistente en la imaginaria o proyectada promesa de la reconstrucción de un imperio: el imperio romano, el germánico, el lusitano o el hispánico, según el caso, y, ante todo, un miedo a la modernidad, a la democracia y a las libertades ciudadanas, de un lado, y del otro, en el plano de la acción política, un papel central asignado a la violencia y a la acción directa como elemento "tonificador" del espíritu nacional, elemento irracionalista y antiliberal.

Y es en el seno de esta dispersión que de manera vertiginosa se consolidan las coaliciones que llenarán el vacío y la sensación de caos que causaba el paulatino derrumbe de la monarquía luego de terminada la dictadura de Primo de Rivera, en enero de 1930, la cual fue sucedida, por encargo de Alfonso XIII, por la de Dámaso Berenguer, quien en medio de los coletazos de la gran crisis económica de 1929 no logró reconstituir la legitimidad del monarca, y el derrumbe del régimen fue irreversible en 1931. 1930 fue un año de gran agitación social, que culminó con un alzamiento, en el mes de diciembre, de la aviación, el cual proclamó la República, pero incurrió en acciones descoordinadas y fracasó, y dos capitanes que lo lideraron fueron fusilados, en tanto que el desorden gubernamental era insostenible.

La fiesta republicana: la primavera de 1931

Las elecciones municipales del domingo 12 de abril de 1931 constituyeron una amplia derrota de los monarquistas, especialmente en los núcleos urbanos: la corriente republicana había triunfado en muchas capitales de provincia, incluyendo Madrid y Barcelona, y en 41 ciudades más. Estas elecciones eran un pulso para medir el apoyo a la monarquía y las posibilidades de convocar elecciones generales para modificar la constitución en aspectos fundamentales, entre otros, para limitar el poder de la corona, fortalecer el poder parlamentario y solucionar separatismos como el catalán, por lo que los republicanos consideraron que España había dado un giro definitivo hacia la República. Aunque era una interpretación apresurada, dado que, no obstante la debacle, los monarquistas obtuvieron mayor número de escaños a los cabildos que los republicanos, lo que indicaba que en los pueblos los caciques, nobles, terratenientes y el Ejército podían presionar más a los electores, y que el respaldo popular era por la derrota del rey, que la institución monárquica estaba completamente desacreditada. El golpe definitivo lo dio el Ejército, que adoptó una actitud vacilante, ante lo cual, sin abdicar, el monarca Alfonso XIII abandonó España,

presionado por el comité revolucionario, para establecer su residencia, primero en Francia y finalmente en Roma, donde falleció en febrero de 1841, luego de haber abdicado a favor de su hijo Juan de Borbón, padre del actual rey Juan Carlos de Borbón.

Liberales, conservadores republicanos y socialistas del mundo celebraron el triunfo republicano en España con las notas de "La Marsellesa" y el himno de la Revolución de Riego, que luego sería el himno nacional de la II República española; mientras tanto, los partidos conservadores observaban expectantes el curso de los acontecimientos, reviviendo todos los lazos de su "hispanismo" tradicionalista, en solidaridad con el mal momento de la "Madre Patria", y anhelando el fracaso del experimento político. Numerosas revistas y periódicos avivaron los debates sobre el futuro de España, y la península misma se convirtió en el más formidable crisol ideológico de todos los matices posibles de izquierdas y derechas, que de alguna forma sintetizaba la confrontación que en el mundo occidental se estaba librando.

La monarquía había sido derrotada, pero lejos estaba de ser derrotado el monarquismo. Los matices que conformaban las derechas españolas, importante centro de recepción y difusión de las derechas europeas, estaban dispersos y descontrolados, pero era evidente que eran sectores definitivos en la vida social y política española. Maurras²¹⁸ y el nacionalismo integral eran ampliamente influyentes en la intelectualidad española, y los fascismos ascendentes habían penetrado los tejidos de los más diversos sectores tradicionalistas y conservadores.

Para las derechas monárquicas de toda Europa, el derrumbe de la monarquía española no les era indiferente, como no lo era para los partidos tradicionalistas y conservadores de América, y desde muchas latitudes se preparaban los apoyos a las huestes del rey derrotado, más que al monarca mismo. La paradoja de un rey débil en medio de una constelación de movimientos y sectores monarquistas fragmentados, pero relativamente fuertes en el Ejército y en muchas regiones y sectores de la sociedad, va a ser la razón de la fuerza de las contradicciones con todo tipo de sectores liberales, republicanos y socialistas, también fragmentados, pero con acceso ahora al poder.

España era entonces la receptora de todos los idearios de las izquierdas y las derechas europeas del periodo entre guerras mundiales. La era de la república revolucionaria, que había transformado al mundo en los siglos XVIII y XIX, llegaba tardíamente como vendaval; era la forma como el mundo, y concretamente España, asumía las contradicciones de sus caminos de acceso a la modernidad. América Latina, tan cercana y sensible a esos alineamientos, recibía los fuegos multicolores en que se reflejaban estas contradicciones. Pero las alarmas no tardarían en sonar. La experiencia de la Revolución de Octubre anunciaba en la mente contemporánea que las llamadas revoluciones burguesas eran el prelude de la revolución socialista. Y así era leído por los sectores que veían o temían o interpretaban que a través del liberalismo se estaba dando la expansión del comunismo.

218 Se trata de Charles Maurras (1868-1952), político y escritor de Extrema derecha, principal fundador e ideólogo de Action Française (Acción Francesa).

Choque de proyectos

En España estaban por definirse muchas contradicciones, reflejo directo de la muy cercana Revolución francesa, pues la Primera República, de 1873 a 1874, había sido una experiencia frustrante para los republicanos, que fueron derrotados por las fuerzas del antiguo régimen, prolongando la crisis, fortaleciendo el poder de la nobleza y aplazando la transición²¹⁹ hasta la II República, entre 1931 y 1939, cuando fracasaría nuevamente la instauración de formas republicanas democráticas, derrotadas por fuerzas similares o herederas de las que habían derrotado la Primera República, pero ahora aliadas internacionalmente con los gobiernos fascistas europeos que a la postre impondrían el largo camino del autoritarismo reaccionario para el acceso a la modernización en el plano económico, postergando la modernidad democrática al último cuarto del siglo XX, luego de la muerte del dictador Franco. Desde finales del siglo XIX, España era sitio de encuentro de los más diversos proyectos: desde los abiertos monarquistas románticos, que, Aliados con la Iglesia, eran partidarios de reimplantar las instituciones del antiguo régimen, incluidos el absolutismo y la Inquisición, como los monarquistas carlistas, que desataron numerosas guerras civiles por el trono e impidieron en muchas formas la aclimatación de las reformas liberales; los liberales monarquistas, reformistas partidarios de la monarquía constitucional; los republicanos, liberales antimonarquistas, y una multitud de movimientos de izquierda, anarquistas, comunistas y socialistas. La temprana presencia de líderes anarquistas en Barcelona produjo la afiliación de España a la Internacional Socialista en 1868, y en 1875 y 1881 fueron creados el Partido Socialista Obrero Español, PSOE, y la Federación Anarquista de Trabajadores, FAT, respectivamente. La presencia del pensamiento marxista fue notoria y sus activistas sobresalieron en el país Vasco, en Cataluña y en Madrid. España tuvo a finales del siglo XIX y comienzos del XX un importante movimiento obrero y sindical, tanto a nivel agrario como a nivel industrial.

Los frecuentes conflictos sociales y políticos conducidos por las organizaciones y líderes de las izquierdas, y la presencia de tal variedad de movimientos conservadores y autoritarios polarizaron muy temprano las contradicciones políticas. El advenimiento de los nacionalismos radicales y, en especial, la influencia del nacionalismo integral de Charles Maurrás, como se dijo, fundador de "*L'Action Française*", fue muy notoria; Maurrás siempre fue muy cercano al monarquismo y a los militares españoles, y entre sus correligionarios había una corriente hispanófila, de la que beberían muchos políticos e intelectuales conservadores de América, entre ellos el mismo Laureano Gómez y la generación de "los Leopardos" en Colombia; para Maurrás, el advenimiento de la República fue una gran adversidad y, ante todo, el preludio de una revolución socialista; el día de la abdicación de Alfonso XIII, *L'Action Française* declaró jornada de luto, señalando que el régimen republicano no era "notoriamente germanófilo, sino rusófilo"²²⁰.

219 Este proceso de conservadurización tiene amplias influencias en América, sobre todo después de la crisis de 1898; obedece a un fortalecimiento de una nueva nobleza aburguesada: durante la restauración que derrotó a la I República se crearon en España 214 marquesados, 167 condados, 30 vizcondados y 28 baronías. Esta nueva nobleza es el sustrato en que se apoyó la monarquía de Alfonso XIII. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. *Acción Española*, p. 36.

220 Ledesma fue uno de los grandes polemistas de la derecha romántica europea de la época. Eje de su obra es su obsesión por mantener la monarquía como forma de preservar a las sociedades, no de las revoluciones socialistas, sino de las

Pero los monarquistas no irían a permanecer mucho tiempo en la dispersión y la atonía. En febrero de 1931 se lanzó el manifiesto político "La conquista del Estado", título tomado de una obra de Maquiavelo, en el mismo mes la derecha monarquista se organizaba en la monarquista sociedad cultural. Todos los grupos, clubes y partidos de tendencia monárquica entraron en pánico ante los días difíciles de inestabilidad que auguraban a la Segunda República; muchos monarquistas se fueron al exilio, y la mayoría de sus dirigentes, desde el comienzo, confiaban en que un golpe militar restauraría al rey, por lo que desde el momento mismo de la derrota empezaron a trabajar por esa alternativa dentro y fuera del país.

grandes ciudades, mientras los monarquicos, principal apoyo del debilitado régimen político, lograron el control de muchos concejos municipales en las zonas rurales. V aun-

una publicación fascista italiana, y en marzo se empezó a publicar un periódico homónimo, dirigido por un joven hasta ese entonces desconocido, Ramiro Ledesma Ramos, desafecto que, como hemos dicho, las elecciones de 1931 eran municipales, ellas fueron tomadas como un gran referendo de la popularidad del régimen y de la persona del monarca, y así fue interpretado por el propio Alfonso XIII, al momento de irse voluntariamente al exilio

formas republicanas. Para él la sociedad es un agregado natural que se rige por leyes de jerarquía, selección, continuidad y herencia, donde la nación es una entidad viva, orgánica natural, formada por la historia "La nación no es la suma de individuos dispersos y abstractos, y por eso para recuperar su verdadero carácter la representación orgánica se impone. La familia, la comuna que es una federación de familias, los oficios, las profesiones organizadas, los lugares federados en provincias, tales son los valores concretos y permanentes sobre los cuales el jefe debe apoyarse". Las alusiones son

monarquía, Madrid. Editorial 1930. MASSIS, Fernán. La vida intelectual de Francia en tiempos de Maurras. Madrid. Editorial, 1852. GONZÁLEZ CUEVAS, Op. cit, p. 84.

221 Ver nota 208 sobre la Institución de Libre de Enseñanza.

222 GONZÁLEZ CUEVAS, Op. cit, p. 146.

La conquista del Estado: el nuevo corporativismo de las "JONS"

del catolicismo, filósofo de formación y, paradójicamente, proveniente de la republicana radical Institución Libre de Enseñanza²²¹; convencido de la crisis del liberalismo y de la República, Ledesma lanzó la tesis de que con el advenimiento de las masas a la vida pública se haría imposible el ejercicio de la democracia liberal, y anunció la aparición de un nuevo sistema de dominación, en el que era fundamental la colaboración de las empresas y el Estado, es decir, el corporativismo. Del seno de esta corriente surgió lo que propiamente sería la tendencia del fascismo español o falangismo, oficializada en octubre del mismo año con la creación de las "Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista" (JONS). Entre tanto, frecuentes en los discursos de la época. El Siglo, Bogotá. 17, diciembre, 1941, p. 5. MAURRAS, Charles. Encuesta sobre la... "Acción Española", "entidad cultural para el estudio y difusión de los principios constitutivos de la Hispanidad o Civilización Hispánica", con el propósito de que sus fundadores se constituyeran en un organismo doctrinal, como reacción al triunfo republicano²²².

En medio de esta crítica diversidad de expresiones y en una gran dispersión, los republicanos ganaron terreno electoralmente, logrando, para las elecciones de 1931, fortalecer coaliciones locales con los socialistas, las cuales obtuvieron un triunfo abrumador en las

–pero sin abdicar al trono–, pues había comprendido que su pueblo no lo quería: tal vez pretendiendo forzar la voluntad popular con un hecho político, para que las masas retrocedieran en su decisión y los monarquistas recuperaran el apoyo; pero el efecto inmediato fue absolutamente contrario: desató una fiesta nacional de sincera y espontánea alegría popular que hizo irreversible la decisión del Rey y redimensionó el triunfo republicano hasta convertirlo en una verdadera revolución, inicialmente pacífica.

Al abandonar el país Alfonso XIII, el régimen quedó acéfalo, y la monarquía, simplemente, se derrumbó, dando comienzo a la primera etapa de la construcción de la II República, en medio de una situación revolucionaria inesperada, que lejos estaba de significar un triunfo revolucionario, que no llegó a consolidarse²²³. Por otra parte, los monarquistas esperaban una respuesta directa del Ejército y de la Guardia Civil, cuerpos que se mostraron indiferentes y crearon la sensación, o al menos así creyó percibirlo el Monarca y su círculo íntimo, de que no contaban con su apoyo incondicional. Era la primera de una serie de elecciones generales, y la Corte Real entendió que era el comienzo de la catástrofe electoral, y era difícil, al menos en el corto plazo, recuperar la legitimidad perdida²²⁴.

Las reformas 1931-1933

El afán reformista se tomó al nuevo gobierno, que rápidamente se dio una nueva Constitución, adoptando la "República de Weimar" como modelo, la más democrática de Europa, acentuadamente parlamentaria, unicameral, donde el presidente tenía facultades para disolver las Cámaras, vigilado por un Tribunal Constitucional. Las regiones podían pedir al Parlamento su propio estatuto autónomo, sin que fuera un régimen explícitamente federal. Las mayorías socialistas y republicanas parlamentarias adoptaron una agenda que abordó de una vez todos los temas fundamentales que la dictadura había represado, y proclamó una "República de Trabajadores", mostrando claramente su vocación socialista. En diciembre, la nueva Constitución declaró a España como república democrática, laica y descentralizada²²⁵. La primera medida de la nueva república fue instaurar el voto universal, incluyendo a las mujeres y a los soldados; en lo educativo y cultural, introdujo el modelo radical republicano de la "Institución Libre de Enseñanza"²²⁶ para la universidad

223 En el sentido de Charles Tilly, simplemente se llegaba a la fase más aguda de una situación revolucionaria, aunque para algunos autores se trata de una "transición". Este es un álgido debate en la historiografía política española. Entre muchos otros: GARCÍA DELGADO, José Luis. (Ed.). *Los orígenes culturales de la Segunda República*. Madrid, 1993. TUÑÓN DE LARA, Manuel. *La Segunda República*, Madrid: siglo XXI, 1976. 2. t. TUSSELL, Javier. *Las Constituyentes de 1931. Unas Elecciones de Transición*, Madrid: CIS, 1982.

224 MAURA, Mauricio. *Dolor de España*, Madrid, 1932, p. 50. MAURA, Miguel. *Así cayó Alfonso XIII*. Barcelona: Ariel, 1968.

225 VILLAR, Pierre. *Historia de España*. Barcelona: Crítica, 1999, p. 125, ss.

226 La Institución de Libre Enseñanza fue un reconocido Instituto pedagógico fundado en Madrid en 1876 por Francisco Giner de los Ríos, entre otros intelectuales; constituyó el primer intento realizado en España de crear un sistema educativo en el que los tres grados de enseñanza -primaria, media y superior- se desarrollaran de manera integrada. Orientada por la filosofía krausista, el laicismo, el liberalismo político y la coeducación o educación mixta, conforme a los métodos de educación integral de Friedrich Fröebel. En torno a ella se crearon en Madrid otras instituciones, como la Residencia de Estudiantes (1910), que reunió a eminentes intelectuales, escritores y artistas, y el Instituto-escuela (1918) para la formación de profesores, las colonias escolares de vacaciones, la Universidad Internacional de Verano de Santander o las llamadas Misiones pedagógicas

y la secundaria, y creó 8.000 nuevas escuelas laicas, de las 27.000 que eran necesarias para cubrir toda la población en edad escolar, mostrando este aspecto del rezago educativo que la dictadura creó, por ejemplo, respecto a países como Francia; sin embargo, el déficit de maestros hacía imposible la expansión. La reforma educativa inmediatamente desató uno de los problemas más sensibles, pues la educación pública disputaba a las corporaciones y comunidades religiosas más de seiscientos mil alumnos, lo que hizo que la Iglesia reaccionara y se convirtiera, por este y otros motivos, en el principal obstáculo por vencer. Eso hizo que el otro punto de la agenda fuera la cuestión religiosa; los liberales en el gobierno pretendían una separación Estado-Iglesia sin tocar los privilegios de esta, pero los republicanos pretendieron hacer una legislación restrictiva con medidas tales como el control laico de los cementerios y la supresión de los crucifijos en escuelas, entre otras, que pronto alentaron un sentimiento anticlerical que desembocó en la quema de conventos y saqueos de iglesias en el mes de mayo de 1931, a solo un mes de instaurada la República, desatando uno de los conflictos más graves que iba a tener que asumir el nuevo régimen. El jefe de Gobierno, Manuel Azaña, declaró con cierta ingenuidad que España había dejado de ser católica²²⁷.

Otro gran tema de las reformas fue el de las fuerzas armadas. Los militares en España eran considerados una casta intocable y monarquista; su estatus de cuasi-nobleza hacía delicados los asuntos relacionados con ellos y vital su apoyo para la supervivencia de la República. El Gobierno optó por ofrecerles sueldo de retiro, y cerca de 10.000 aceptaron, lo cual no significó desarticular los frecuentes peligros de alzamiento. La odiada Guardia Civil, que era un problema mayor, no fue tocada, y se le creó una fuerza republicana paralela, "los guardias de asalto", desarticulando aún más el poder disuasivo del Gobierno, como se verá de manera palmaria en el asunto del asesinato de Calvo Sotelo en los preludios de la Guerra Civil. En agosto de 1932, el jefe de la Guardia Civil en Sevilla, general José Sanjurjo, encabezó un alzamiento militar que fue conjurado por el gobierno republicano; el líder golpista y conspirador permanente fue sentenciado a muerte, pero luego indultado, y murió días después del alzamiento de Mola y Franco, en julio de 1936, en un accidente aéreo, cuando viajaba desde Portugal a unirse a los golpistas. El asunto de las provincias fue otro de los temas espinosos que hubo de abordar la naciente República. Cataluña se había declarado República, y pronto los vascos presentaron su estatuto, como también Castilla y León. Los monarquistas veían esta federalización como la disolución de la unidad del Estado; unidad que se convertiría en uno de los discursos unificadores de las derechas, sintetizado en su grito de guerra "Viva España", ante la supuesta disolución de la patria.

Pero el problema más serio que tuvo que afrontar la República, y que más traumatismos causó, fue, sin duda, la reforma agraria; en primer lugar, causó serias fracturas en el bloque

que actuaron durante la República creando un movimiento intelectual y cultural que llegó a las provincias más lejanas donde jamás había llegado la educación crítica. Su influencia en la vida cultural y política española de finales del s. XIX y comienzos del XX irradió intensamente. En el año 1940 el gobierno franquista la clausuró definitivamente y expropió sus bienes e instalaciones.

mayoritario en las cortes, y su acometida tuvo efectos perversos que neutralizaron su efectividad; las mismas consignas de cada uno de los matices daban cuenta del disenso: anarquistas y comunistas abogaban por "tierra para el que la trabaja", es decir, parcelación; los socialistas, por un modelo de propiedad de la tierra en manos del Estado, y explotación en manos de sindicatos agrícolas; los liberales, por la propiedad individual, y los monarquistas católicos, por unidades familiares e indemnización efectiva e inmediata a los propietarios expropiados. La ley se discutió hasta septiembre de 1932, ordenó un censo de tierras y de campesinos y estableció un "máximo social" a partir del cual, según la calidad de la tierra, la propiedad era expropiable²²⁸. El primer desencanto se dio por cuanto no estableció propiedad para el beneficiario, sino que adoptó la figura del "usufructo inalienable", otorgando ventajas cuando la explotación fuese colectiva. Pero su impacto no fue el esperado; en 1933, tras un año, había beneficiado 8.600 familias y 89.000 hectáreas, y autorizado ocupaciones temporales. El golpe militar de Sanjurjo desaceleró la afectación de tierras, en cambio, la incertidumbre y la crisis económica habían producido un abandono de numerosos propietarios y generado un desempleo creciente que agudizó el malestar rural²²⁹.

El gobierno Republicano tuvo, además, que afrontar todo el malestar producto de la gran crisis del 29. Las huelgas y la inconformidad crecieron, así como la sindicalización, las ocupaciones ilegales, las talas de bosques e incendios. Además, los sindicatos anarquistas cada vez eran más problemáticos con el Gobierno; la represión y los enfrentamientos fueron cotidianos, y la Guardia Civil cada vez más represiva, especialmente en Andalucía. En Castiblanco, pueblo de Extremadura, la población mató a cuatro guardias tras varias protestas campesinas, y en Arnedo, los guardias ametrallaron a los amotinados, con un saldo de varios muertos y heridos. Pero el clímax llegó en la localidad de Casasviejas, donde la reacción de la guardia contra el alzamiento anarquista produjo 21 muertes y el fusilamiento de 12 dirigentes, célebre matanza que pesaría sobre la historia del Gobierno y sería el comienzo del cisma campesino contra los republicanos, e incidiría de manera decisiva en la pérdida de las elecciones por la coalición reformista y en el comienzo del "*Bienio negro*", con el retorno al poder de las derechas.

En cuanto a la política económica y laboral, el manejo fue errático y pronto condujo a alzamientos obreros. La represión a los reclamos sindicales, sobre todo de los anarquistas, especialmente en Cataluña y Andalucía, produjo muertos en Sevilla y llevó a disolver huelgas por la fuerza y a la expedición de la "Ley de Defensa", que lanzó a la Federación Anarquista Ibérica, FAI, a la oposición y a proclamar la huelga general de enero de 1932, en desarrollo de la cual se da el alzamiento de Casasviejas, ya comentado.

El surgimiento de la II República no significaba que las fuerzas monárquicas estuvieran derrotadas o aniquiladas. La sensación de caos que causaba la efervescencia del clima social

228 Se establecieron unos límites de 10 hectáreas para tierras de primera, planas y con regadío, y de 700 hectáreas para tierras pastorales pobres (Villar, Op. cit., p. 128).

229 *Ibidem*, p. 128.

animó a los conservadores. La inmediata reacción fue el ascenso de numerosos partidos de derechas cada vez más radicales, católicos y monarquistas, y la resurrección de la doctrina de la acción directa y las influencias fascistas que se cristalizaron con el surgimiento de la Falange española. El reagrupamiento y la organización de las derechas pronto produjo un resultado: el triunfo electoral monarquista en noviembre de 1933, que dio origen al "*Bienio negro*" y al paréntesis hasta 1936, cuando el gobierno regresa a manos de la izquierda.

Los antagonismos y la reorganización de las derechas

Pero el triunfo de la República tampoco significó para España estabilidad política; por el contrario, las reformas del Gobierno produjeron muchas expresiones de malestar de las alas radicales tanto de las izquierdas, por cuanto las reformas no eran tan profundas como se hubiera esperado, como de las derechas, porque toda reforma era vista como triunfo del bolchevismo; además, no estarían tranquilas muchas de ellas hasta la restauración de la monarquía, o la instauración del autoritarismo, fuere cual fuere la conducta y las realizaciones de los gobiernos republicanos.

Para las fuerzas de izquierda, la República no podía quedarse en las reformas políticas de las formas democráticas y parlamentarias; tampoco había un consenso en la naturaleza y alcance de las reformas. Aunque se hicieron cambios legislativos en campos como la educación –por ejemplo, la gran campaña de alfabetización y la ampliación sin precedentes de la cobertura escolar– el Ejército, las autonomías regionales, las relaciones laborales y las obras públicas, fue la separación Iglesia-Estado y la Reforma Agraria lo que produjo un verdadero cisma en la opinión pública, pues se tocaban los intereses del clero, los militares y la nobleza territorial, los usufructuarios por siglos del antiguo régimen. Las fuerzas socialistas y anarquistas crecieron como la espuma, y tanto la socialista Unión General de Trabajadores –UGT– como la anarquista Confederación Nacional de Trabajadores –CNT– alcanzaron cada una más del millón de afiliados; mientras, el Partido Socialista Obrero Español –PSOE–, fundado en 1879, participaba en las reformas con el objetivo de abrirle camino a la construcción de un régimen socialista sin el empleo de la violencia revolucionaria. Los republicanos de izquierda, radicales liberales encabezados por Manuel Azaña, que venían de una tradición de luchas desde el siglo XIX por la abolición de la monarquía a través de numerosas guerras civiles, se expresaban de manera sectaria, tratando de profundizar las diferentes reformas políticas.

Los comunistas venían también en ascenso; aunque siempre fueron un partido minoritario, su importancia era creciente por el monopolio de las relaciones con los partidos de la Internacional Socialista y el Gobierno de la URSS, encabezado por José Stalin. Los anarquistas, herederos de la tradición de Bakunin, agrupados en la Federación Anarquista Ibérica, FAI, controlaban un importante sector obrero y campesino e impulsaban el proyecto político más radical: la abolición del Ejército y

del Estado, y la construcción de autonomías locales bajo la consigna del "comunismo libertario", antimarxista y antiestalinista en sus fundamentos ideológicos, el cual alimentaba los diferentes separatismos de los nacionalismos regionales.

Las reformas mencionadas venían dando sus resultados dentro de los límites que imponía el ciclo recesivo mundial; sin embargo, la reforma agraria causó gran malestar, en la medida en que no satisfizo a ninguno de los sectores de la sociedad, pues con un modelo de expropiación con indemnización, que era irrealizable dada la crisis fiscal, terminó acelerando el enfrentamiento político, ocasionando el alzamiento militar de 1932, que fue fácilmente reprimido. El fracaso del golpe dio origen a la reorganización de todas las derechas en la Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA, que aunque inicialmente aceptó participar en las instituciones republicanas,

[...] Su meta era una drástica reforma católica de la República que introdujera un sistema conservador y autoritario basado en un corporativismo similar al que estaba creando [Oliveira] Salazar en Portugal, en lugar del sistema de partidos. El joven profesor de Derecho, José María Gil Robles demostró ser un líder elocuente y lleno de energía para la CEDA, que fue incorporando poco a poco a la considerable minoría conservadora y católica de España [...] ²³⁰.

En esas circunstancias, las izquierdas perdieron las elecciones de 1933, pues fueron barridas al obtener únicamente cinco escaños en las cortes, revirtiendo totalmente el resultado de 1931. La antirrepública había ganado la primera batalla, pero vendrían más. Entretanto, en Colombia las noticias de este proceso se emitían en los diarios de cada uno de los bandos en que se habían alineado los espectadores: los partidarios de la República, en los periódicos liberales, liderados por *El Tiempo* y *El Espectador*, y los de la antirrepública, en los conservadores, especialmente *El Siglo*, todos ellos de circulación nacional.